

ROMANCE XXXIV.

LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables,
Cual precursor de la noche,
Por el occidente sale;

Do con su fúlgido brillo
Deshaciendo mil celages,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.

Las sombras que le acompañan,
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rocío esparcen.

Su corona alzan las flores,
Y de un aroma suave,
Despidiéndose del día,
Embalsaman todo el aire.

El sol afanado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su augusta imagen;
 Simil á un globo de fuego

Que en vivas centellas arde,
Y en la bóveda parece
Del firmamento enclavarse.

 Él de su altísima cumbre
Veloz se despeña, y cae
Del océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.

 Oh qué visos! qué colores
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!

 Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.

 Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae
Indeciso el sol los pasos,
Y en mirarlos se complace.

 Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte.

 Como un cendal delicado,
Que en su ámbito inmensurable
En un momento estendido,

Súbite al suelo se abate,
 A que en tan rápida fuga
 Su vislumbre centellante
 Envuelto en débiles nieblas
 Ya sin pábulo desmaye.
 Del nido al caliente abrigo
 Vuelan al punto las aves,
 Cual al seno de una peña,
 Cual á lo hojoso de un sauce;
 Y á sus guardidas los rudos
 Selváticos animales,
 Temblando al sentir la noche,
 Se precipitan cobardes.
 Suelta el arador sus bueyes;
 Y entre sencillos afanes
 Para el redil los ganados
 Volviendo van los zagales:
 Suena un confuso balido,
 Gimiendo que los separen
 Del dulce pasto, y las crias
 Corren llamando á sus madres.
 Léjos las chozas humean,
 Y los montes mas distantes
 Con las sombras se confunden
 Que sus altas cimas hacen:
 De ellas á la escelsa esfera

Grupándose desiguales
 Estas sombras en un velo
 A la vista impenetrable;
 El universo parece
 Que de su accion incesante
 Cansado, el reposo anhela,
 Y al sueño va á abandonarse.
 Todo es paz, silencio todo,
 Todo en estas soledades
 Me conmueve, y hace dulce
 La memoria de mis males.
 El verde oscuro del prado,
 La niebla que undosa á alzarse
 Empieza del hondo rio,
 Los árboles de su márgen,
 Su deleitosa frescura,
 Los vientecillos que baten
 Entre las flores las alas,
 Y sus esencias me traen;
 Me enagenan y me olvidan
 De las odiosas ciudades,
 Y de sus tristes jardines,
 Hijos míseros del arte.
 Liberal naturaleza,
 Porque mi pecho se sacie,
 Me brinda con mil placeres

En su copa inagotable.

Yo me abandono á su impulso :
Dudosos los piés no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.

Cruzo la tendida vega
Con inquietud anhelante
Por si en la fatiga logro
Que mi espíritu se calme :

Mis pasos se precipitan ;
Mas nada en mi alivio vale,
Que aun gigantescas las sombras
Me siguen para aterrarle.

Trepo, huyéndolas, la cima,
Y al ver sus riscos salvages,
Ay ! esclamo, ¡ quién cuál ellos
Insensible se tornase !

Bajo del collado al rio,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles el pecho
Mas pavoroso me late.

Miro las tajadas rocas
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.

Llénanme de horror sus sombras,

Y el ronco fragoso embate
De las aguas mas profundo
Hace este horror y mas grave.

Así azorado y medroso
Al cielo empiezo á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes ;

Miéntras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y el manto la noche tiende
Que el crepúsculo deshace.

ROMANCE XXXV.

LOS ARADORES.

¡ Oh, qué bien ante mis ojos
Por la ladera pendiente
Sobre la esteva encorvados
Los aradores parecen !

¡ Cómo la luciente reja
Se imprime profundamente,
Cuando en prolongados surcos
El tendido campo hienden !

Con lentitud fatigosa
Los animales pacientes

La dura cerviz alzada
 Tiran del arado fuerte.
 Animalos con su grito,
 Y con su aguijon los hiere
 El rudo gañan, que en medio
 Su fatiga canta alegre.

La letra y pausado tono
 Con las medidas convienen
 Del cansado lento paso,
 Que asientan los tardos bueyes.

Ellos las anchas narices
 Abren á su aliento ardiente,
 Que por la frente rugosa
 El hielo en aljófár vuelve;

Y el gañan aguija y canta,
 Y el sol que alzándose viene,
 Con sus vivíficos rayos
 Le calienta y esclarece.

Invierno! invierno! aunque triste
 Aun conservas tus placeres;
 Y entre tus lluvias y vientos
 Halla ocupacion la mente.

Aun agrada ver el campo
 Todo alfombrado de nieve,
 En cuyo cándido velo
 Sus rayos el sol refleja.

Aun agrada con la vista
 Por sus abismos perderse,
 Yerta la naturaleza
 Y en un silencio elocuente;
 Sin que halle el mayor cuidado
 Ni el lindero de la suerte,
 Ni sus desiguales surcos,
 Ni la mies que oculta crece.

De los árboles las ramas
 Al peso encorvadas ceden,
 Y á la tierra fuerzas piden
 Para poder sostenerse.

La sierra con su albo manto
 Una muralla esplendente,
 Que une el suelo al firmamento,
 Allá á lo léjos ofrece:

Mientras en las hondas gargantas
 Despeñados los torrentes,
 La imaginacion asustan,
 Cuanto el oido ensordecen;

Y en quietud descansa el mundo,
 Y callado el viento duerme,
 Y en el redil el ganado,
 Y el buey gime en el pesebre.

¿Pues qué, cuando de las nubes
 Horrisonos se desprenden

Los aguaceros, y el día
 Ahogado entre sombras muere ;
 Y con estrépito inmenso
 Cenagosos se embravecen
 Fuera de madre los ríos,
 Batiendo diques y puentes ?
 Crece el diluvio : anegadas
 Las llanuras desaparecen,
 Y árboles y chozas tiemblan
 Del viento el furor vehemente ;
 Que arrebatando las nubes,
 Cual sierras de niebla leve,
 De aquí allá en rápido soplo,
 En formas mil las revuelve :
 Y el imperio de las sombras,
 Y los vendavales crecen ;
 Y el hombre atónito y mudo
 A horror tanto tiembla y teme.
 O bien la helada punzante
 La tierra en mármol convierte ;
 Y al hogar en ocio ingrato
 El gañan las horas pierde.
 Cubiertos de blanca escarcha,
 Como de marfil parecen
 Los árboles ateridos,
 Y de alabastro la fuente.

Sonoro y rígido el y rado
 La planta hollado repele ;
 Y do quier el dios del hielo
 Su ominoso mando ejerce ;
 Hasta que el sūave favonio
 Medroso y tímido al verse
 Nuevo volar, con su aliento
 Tan duros grillos disuelve.
 El día rápido anhela :
 No asoma el sol por oriente,
 Cuando sin luz al ocaso
 Precipitado descende ;
 Porqué la noche sus velos
 Sobre la tierra despliegue,
 De los fantasmas seguida
 Que en ella el vulgo ver suele.
 Así el invierno ceñudo
 Reina con cetro inclemente,
 Y entre escarchas y aguaceros,
 Y nieve y nubes se envuelve.
 ¿ Y de dónde estos horrores,
 Este trastorno aparente,
 Que en enero su fin halla,
 Y que ya empezó el noviembre ?
 Del orden con que los tiempos
 Alternados se suceden,

Durando naturaleza
 La misma, y mudable siempre.
 Estos hielos erizados,
 Estas lluvias, estas nieves,
 Y nieblas y roncós vientos,
 Que hoy el ánimo estremecen,
 Serán las flores del mayo,
 Serán de julio las mieses,
 Y las perfumadas frutas
 Con que octubre se enriquece.
 Hoy el arador se afana,
 Y en cada surco que mueve,
 Miles encierra de espigas
 Para los futuros meses :
 Misteriosamente ocultas
 En esos granos, que estiende
 Do quier liberal su mano,
 Y en los terrones se pierden ;
 Ved, cuál fecunda la tierra
 Sus gérmenes desenvuelve,
 Para abrirnos sus tesoros
 Otro día en faz riente.
 Ved, como ya pululando
 La rompe la hojilla débil,
 Y con el rojo sombrío
 Cuán bien contrasta su verde :

Verde, que el tostado julio
 En oro convertir debe,
 Y en una selva de espigas
 Esos cogollos nacieses.
 Trabaja, arador, trabaja
 Con ánimo y pecho fuerte,
 Ya en tu esperanza embriagado
 Del verano en las mercedes.
 Llena tu noble destino,
 Y haz cantando tu afán leve,
 Mientras insufrible abrumba
 El fastidio al ocio muelle ;
 Que entre la pluma y la Holanda
 Sumido en sueño y placeres,
 Jamas vió del sol la pompa
 Cuando lumbroso amanece :
 Jamas gozó con el alba
 Del campo el plácido ambiente,
 De la matinal alondra
 Los armónicos motetes.
 Trabaja, y fia á tu madre
 La prolífica simiente,
 Por cuyo felice cambio
 La abundancia te prometes :
 Que ella te dará profusa
 Con que tu seno se aquiete,

Se alimenten tus deseos,
 Tu sudor se remunere;
 Puesto que en él y tus brazos
 Honrado la fausta suerte
 Vinculas de tu familia,
 Y libre en tus campos eres.
 Tu esposa al hogar humilde
 Apacible te previene
 Sobria mesa, grato lecho,
 Y cariño y fe perennes:
 Que oficiosa compañera
 De tus gozos y quehaceres,
 Su ternura cada día
 Con su diligencia crece:
 Y tus pequeñuelos hijos
 Anhelándote impacientes,
 Corren al umbral, te llaman,
 Y tiemblan, si te detienes.
 Llegas, y en torno apiñados
 Halagándote enloquecen;
 La mano el uno te toma,
 De tu cuello el otro pende;
 Tu amada al paternal beso
 Desde sus brazos te ofrece
 El que entre su seno abriga,
 Y alimenta con su leche;

Que en sus fiestas y gorgoros
 Pagarte ahincado parece
 Del pan que ya le preparas,
 De los surcos donde vienes.
 Y la aijada el mayorcillo
 Como en triunfo llevar quiere:
 La madre el empeño ríe,
 Y tú animándole alegre,
 Te imaginas ver los juegos
 Con que en tus faustas niñeces
 A tu padre entretenías,
 Cual tu hijuelo hoy te entretiene.
 Ardiendo el hogar te espera,
 Que con su calor clemente
 Lanzará el hielo y cansancio,
 Que tus miembros entorpecen:
 Y luego, aunque en pobre lecho,
 Mientras que plácido duermes,
 La alma paz y la inocencia
 Velarán por defenderte;
 Hasta que el naciente día
 Con sus rayos te despierte,
 Y á empuñar tornes la esteva,
 Y á regir tus mansos bueyes.
 ¡Vida ignorada y dichosa!
 Que ni alcanza ni merece

Quien de las ciegas pasiones
El odioso imperio siente.

¡ Vida angelical y pura !

En que con su Dios se entiende
Sencillo el mortal, y le halla
Do quier pródigo y presente :

A quien el poder perdona,
Que los mentirosos bienes
De la ambicion tiene en nada,
Cuanto ignora sus reveses.

Vida de fácil llaneza,
De libertad inocente,
En qué dueño de sí el hombre
Sin orgullo se ennoblece :

En que la salud abunda,
En que el trabajo divierte,
El tedio se desconoce,

Y entrada el vicio no tiene ;

Y en que un día y otro día
Pacíficos se suceden,
Cual aguas de un manso río,
Siempre iguales y rientes.

Oh, quién gozarte alcanzara !
¡ Oh, quién tras tantos vaivenes
De la inclemente fortuna
Un pobre arador viviese !

Uno cual estos que veo,
Que ni codician, ni temen,
Ni esclavituc los humilla,
Ni la vanidad los pierde :

Léjos de la envidia torpe
Y de la calumnia aleve,
Hasta que á mi aliento frágil
Cortase el hilo la muerte.

ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡ Oh, qué mal se posa el sueño
Sobre ojos que el Amor abre,
Ni con sus dulces cuidados
Su grata calma hizo paces !

Las dos sueñan ; y rendidos
De sus amargos afanes,
A un pacífico letargo
Se abandonan los mortales.

Yo solo velo, bien mio,
Y en ocupacion sūave
Con tu cariño y mis penas
Regalo mi pecho amante ;
Yendo y tornando el deseo,

Sin que ni un momento pare ,
Hasta el lecho silencioso ,
Do en plácido sueño yaces :

Do en libre y feliz soltura
Las formas inimitables
De tu belleza sin velo
Logran todo su realce.

¡ Oh qué de gozos y bienes
De allá en su ilusion me trae !
Qué de esperanzas me adula !
Y qué de estorbos deshace !

Si los reyes de la tierra
Pusieran en este instante
Su cetro á mis piés en cambio
La gloria que en ti me cabe ,

¡ Qué ufano los desdenara
Mi corazon ! ¿ pues qué valen
Su oro y pompa y señorío
Con mi embeleso inefable ?

Tú lo dí , ó luna , que atiendes
Mis finezas , tú que sabes
De este corazon las ansias ,
Y cuán tierno ora me late.

Dilo tú , que en tus amores
Ciega un tiempo abandonaste ,
Por ver tu pastor dormido ,

Las esferas celestiales ;

Y entre las sombras marchando
Con planta y pecho anhelante
Estática y silenciosa

Descansabas con mirarle ,
Hasta que en tu ardiente seno ,
Premiándolo , con mil ayes
Timido el suyo alentabas

A que mas y mas gozase.

Dílo pues , hermosa luna ;
¡ Así en tus visitas halles
A tu Endimion venturoso
Cada noche mas galante !

Inmóvil , los ojos fijos
Sobre tu albergue , enviádle
Clamo á los cielos , los sueños
Mas ligeros y agradables.

Volád , frescos cefirillos ,
Volád , y batíd el aire
Que fácil su labio aspire ,
Porqué mas grata descanse :

Colmád de suaves esencias
Su estancia : flor en los valles
No abra el cáliz , que en tributo
De mi Clori no se exhale.

La armoniosa filomena ,

Cuyo pico lamentable
 Trina en el bosque, á su oido
 Hoy no ensaye otros cantares,
 Que los que en quiebros canoros
 Su imaginacion halaguen,
 Den pábulo á su ternura,
 Y su corazón inflamen.
 Y tú en solícito anhelo
 Los sueños mas deleitables,
 Amor, á su mente ofrece,
 Con que se goze y regale:
 Haz que trisque con las Gracias,
 Haz que su hermana la llamen,
 Y que de rosa y jazmines
 Ciñan su sien, y la abrazen.
 Entre sus albas corderas
 Salga á la vega, un enjambre
 De Cupidillos la siga,
 Y adórenla los zagales:
 O aplaudida aun de las bellas,
 Luzca gallarda en el baile,
 Rindiendo á cuantos la miren
 Con sus pasos y su talle.
 Entónces, ó Amor, presenta
 Propicio mi fiel imágen
 A sus piés, besando tierno

Las breves huellas que estampen.
 Mi fineza le recuerda;
 Dile, dile de mi parte
 Que duerma en paz, pues yo velo,
 Y mi fe la guardia le hace:
 Dile mis blandos suspiros,
 Y el éstasi inesplicable
 En que me ves, este lloro
 Que del corazón me sale;
 Este aquí presente verla,
 Y como presente hablarle,
 Y en mis cariños perderme,
 Y en sus gracias embriagarme....
 ¡ Dichosa Holanda, dichosa
 Veces mil! ¡ oh quién lograrse
 Gozar lo que avara gozas,
 Saber cuanto feliz sabes!
 ¡ Oh quién lograrse.... en mis venas
 Todo el fuego de amor arde,
 Un dulce temblor me agita,
 Plácido el seno me late.
 La voz me falta.... á mis ojos
 Ven, grato sueño, ven fácil;
 Y haz que el delirio que siento,
 Entre tus brazos se calme.

ROMANCE XXXVII.

LA LIBERTAD.

VÉ, Delio, con qué delicia,
 Con qué agradable bullicio
 Ese ruiseñor canoro
 Se goza en el bosque umbrío.
 Cuál salta de ramo en ramo,
 Cuál en su alegre delirio
 Va, y vuelve, y huye, y se pierde
 Entre el verde laberinto.
 Al impulso de sus alas
 Y su revolar festivo,
 Conmoviéndose, las hojas
 Bullen en grato ruido:
 Y corriendo de su seno
 Aljofarado el rocío,
 Como una lluvia de perlas
 Parece del sol al brillo.
 Vé con qué indecible gozo
 Despliega el voluble pico,
 Y en su preludiar sūave
 Se queda como embebido;
 Abismándose sin duda

Allá en repasar consigo
 Algun gravísimo trance,
 En que el infeliz se ha visto;
 Hasta que soltando el lleno
 De sus melodiosos trinos,
 Su primor nos ensordece
 Sabrosamente el oído;
 Tan vario como sublime
 En los quiebros infinitos,
 Con que esplica de su pecho
 Los sentimientos mas vivos.
 Todo enmudece y le escucha;
 Solo á su armónico silbo
 La alondra allá de las nubes
 Responde en agudos pios:
 Pios que dilata el eco,
 Y él mas ardiente al oírlos,
 Hasta rendirla redobla
 Sus penetrantes suspiros;
 Que el viento hinchendo incesantes,
 Cada vez mas peregrinos
 Alza el júbilo en sus alas
 A las cumbres del olimpo:
 Y el valle todo es delicia,
 Y armonía el cefrillo,
 Vivas de triunfo las aves,

Y embeleso los sentidos.
 Pues tantas salvas y cantos
 Obra son, Delio querido,
 De la libertad felice
 Que ha logrado el pajarillo:
 Cual rota la odiosa valla
 Que embarazó su camino,
 Se derrama el arroyuelo
 Por todo un valle florido,
 Y bullendo entre las guijas,
 O adurmiéndose tranquilo,
 Es del ánimo y los ojos
 Distraccion y regocijo.
 Yacía el mísero esclavo
 Entre los dorados hilos
 Y el encierro de una jaula,
 Pendiente de ageno arbitrio.
 Solitario y triste en ella
 Sin hermosura ni aliño,
 Siempre el alma en sus amores,
 Siempre azorado y esquivo,
 Acordando aquellas horas,
 Cuando en el sagrado asilo
 De su nido acompañaba
 A su esposa y dulces hijos,
 O asentado en algun ramo

Orillas del manso rio,
 El murmullo de sus ondas
 Remedaba entretenido.
 En vano sobre él el tiempo,
 Para olvidarle benigno
 De su esclavitud odiosa,
 Tornaba en plácido giro
 Del mayo las lindas flores,
 La blonda mies del estío,
 O del sosegado octubre
 La frescura y los racimos:
 Pues siempre en su estrecha cárcel,
 Mordiendo infeliz los grillos,
 Lloraba sus desventuras
 Sin mejorar su destino;
 Cuando un acaso dichoso,
 O el cielo apiadado quiso
 Que á su libre ser volviese,
 Y á morar su antiguo nido:
 Y así bullicioso y loco
 Y en movimiento continuo
 Salta y bulle, y trisca y canta,
 Todo júbilo y cariños.
 Otro tanto me sucede
 Despues que esento me miro,
 Y que lancé de mi cuello

El yugo de Amor indigno :
 Que señor de mis deseos,
 Y en gloriosa paz conmigo,
 Sin comprar un falaz gozo
 Con un siglo de martirios,
 Siempre el sol claro me luce,
 Siempre alegre canto y río,
 Llenando mis faustos días
 Las Musas y mis amigos.

ROMANCE XXXVIII.

LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco otoño
 La señal de la vendimia,
 Y su voz redobla el eco
 Por los valles y colinas.
 Del peso dulce y opimo
 De sus racimos vencida
 Al suelo la vid pomposa,
 La frente encorvada inclina;
 Y entre el desmayado verde
 Que su follage mancilla,
 Cual encendidos topacios
 Las doradas uvas brillan :

O como el negro azabache
 Que á la noche desafía
 Agrupándose, el deseo
 A su robo solicitan.

Alzándose el sol radiante
 En brazos del nuevo día,
 De Baco los largos dones
 A recoger nos convida.

Las cestas pues se preparen,
 Ordénense las cuadrillas,
 Y al campo salid gritando :
 «Honor al dios de las viñas.»

No haya escondido racimo
 Que se escape á vuestra vista,
 Que no corte vuestra mano,
 Y el cuévano no reciba.

Dadme una cesta, muchachas,
 Que quiero en tanta alegría
 Compañero ser dichoso
 De vuestra dulce fatiga :

Y allá en las tristes ciudades
 Dejád que miseros giman,
 Revueltos en mil cuidados,
 Los necios que las habitan ;
 Que yo en los campos me gozo
 Y en su soledad tranquila,

Y el afan de sus labores
El pecho me vivifica.
¡Oh cómo á la par por todos
Vuelan el gozo y la risa ;
Y las picantes tonadas

Nos entretienen y animan !
Hinchendo el plácido viento
Su estrépito y gritería,
Que á los mas tibios inflaman,
Y la licencia autorizan.

Ved como Felicio el lado
Buscó de su amada Silvia ,
Y los racimos le toma ,
Y en el trabajo la alivia ;
Mientras entre Arcadio y Delio
Se turba Nise indecisa ,
Y á sus chanzas y cantares
Enmudece como niña.

Daliso allí mas osado
Corre tras Filis la linda ,
La de los divinos ojos ,
Y de voz muy mas divina ;
Y tomándola en sus brazos,
Por mas que resiste y lidia ,
Con el mosto de un racimo
Le regó frente y mejillas :

Y Enarda la bulliciosa
Allá con sutil malicia
Para su cesta se lleva
Cuanto á la de Silvio quita.

Todo es obra de las copas
Que Baco jovial nos brinda ,
Y en placer nos enloquecen,
Y al Amor dan osadía.

¡ Loor al dios , que en su triunfo
Nos trajo allá de la India
Con la vid el süave néctar
Que sus racimos destilan !

¡ Al de juventud perenne ,
Quen en faz riente y benigna
Ora estos dulces racimos
Tan liberal nos prodiga !

Seguid , seguid bulliciosos
Con solícita agonía,
Que el júbilo bien no hermana
Con la flojedad indigna.

Ved por las cumbres del cielo
Cuál alzándose camina
Rápido el sol, y sus pasos
Culparán nuestra desidia :

Que él tambien reina en las vides ,
Fausto los racimos cria ,

Y hoy lo acerbo de sus granos
Torna en delicioso almíbar.

Pero con nueva algazara
Los víctores se repitan,
Que el carro en triunfo á la aldea
Lleva las uvas cogidas.

Órnale á trechos colgando
Cual vencedoras insignias
Los vástagos mas frondosos,
Que el viento ondeando agita;

Y su próspera llegada
Con su bullicio anticipa
Un tropel de alegres niños,
Que en torno corriendo gritan.

Recíbelas la ancha troje,
Que las macera, y envía
Do el lagarero enmostado
Con membrudo pié las pisa;

Y remedando al beodo
Que ya en sus pasos vacila,
Ora titubeando marcha,
Ora sobre un pié se libra,

Y ora al monton mal hollado
La altiva frente domina,
Carga, lo derrama, y vuelve,
Y se hunde hasta la rodilla.

Rueda el tórculo gimiendo,
Y con inmensa ruina
Desciende el molar enorme,
En que su presión estriba.

Corre en arroyos el mosto;
Y Baco, la sien ceñida
De las hojas de sus parras,
Desde una cuba lo mira.

Los silenos de su corte
En torno danzando giran,
Del licor sus tazas llenan,
Y beben, y al dios lo liban:

Licor hoy de áspero gusto,
Mas que hervido será un día,
Mas bien que el néctar de Jove,
El bálsamo de la vida:

El que alegre los banquetes,
Dé al Amor nuevas delicias,
Abra al misterio los labios,
Y en placer torne las iras.

Y él corre, y corre espumoso
Hasta las hondas vasijas,
Y en ellas, cual un torrente,
Sonando se precipita.

Todos batiendo las palmas
Aplauden á su caída:

La taza en las manos rueda,
 Y á un dulce delirio incita :
 Quien canta , ó quien loco rie ,
 Balbuciente aquel se esplica,
 Y hundírsele aquel la tierra
 Siente , y se afana en asirla.
 Uno en fraternal abrazo
 Va , y con su rival se liga ,
 Y otro al beber con el mosto ,
 Barba y pecho se rocía :
 Y todo estrépito insano ,
 Todo algazara festiva ,
 Muy mas fervientes con ellos
 Los brándis se multiplican.
 Así triunfa el dios del vino ,
 Así su inmortal bebida
 Borra los cuidados tristes ,
 Los ánimos regocija.
 En tanto del negro ocaso
 Desciende la noche umbria ,
 Y su manto de luceros
 Tiende á la atónita vista :
 Ábrese la alegre danza ,
 Vivo el crótalo repica ,
 Y el ruidoso tamborino
 Un nuevo delirio inspira.

Los jóvenes con mil pruebas
 De destreza y gallardía
 Ante sus bellas se ufanan ,
 Sus lentos pasos aguijan.
 O qué mudanzas y vueltas !
 ¡ Con qué donaire y medida
 Bate la planta la tierra ,
 Los brazos se abren y animan !
 Delio á Nise estrecha ardiente ,
 Silvia á Felicio va unida ,
 Dalise á Filis rodea ,
 Y con Silvio Enarda trisca.
 Todos aplauden y gozan ,
 Todos bullen á porfia ,
 Y en el calor con que Baco
 Las llamas de Amor atiza ,
 No hay quien baile indiferente ,
 Ni vendimiadora esquivá ,
 Alternando con las danzas
 Los brándis y ardientes vivas.
 Así el cansancio en los brazos
 Del regocijo se olvida ,
 Y alegres nos ve la aurora
 Correr de nuevo á las viñas ;
 A seguir con las tonadas
 La labor entretenida ,

Que huye el sol, cesa ; y la noche
Con otro baile disipa. —

Cuando yo estos dulces versos
Cantaba á mi fácil lira,
En el ocio de mi aldea
En gloriosa paz vivía :

Despues ominoso el hado
Me arrastró á las grandes villas :
Vi la corte, y perdí en ella
Cuanto bien ántes tenía.

Y así abrumado de afanes,
Siempre en duelos y agonías,
¡ Quién, esclamo, se volviese
A su aldea y sus vendimias !

ROMANCE XXXIX.

EL NAUFRAGO.

¿ CUÁNDO, inconstante fortuna,
Dejarás de perseguirme ;
Ni será blanco á tus tiros
Mi corazon infelice ?

¿ No eran ya, dime, sobradas
Tantas marañas y ardidés,
Y las traiciones y males

Que hasta aquí, cruel, me hiciste ?

Desde los pasos primeros
Que dió en la senda difícil
De la vida mi inocencia,
Siempre enconada me afliges :

Siempre, cuando mas lumbroso
Y en calma mas bonancible
A resplandecer un dia
Empezó á mis ojos tristes,
Burlando al ciego deseo,
Se alzaron á sumergirle
En caliginosa noche
Cien tempestades horribles.

Sembré trigo, y cogí abrojos :
La vida ignorada y libre
Que mi corazon ansiaba,
Llegó un instante á reirme.

¡ Cuán rápido fué este instante !
Tú en él mis venturas viste,
Y en tus redes engañosas
Envolviéndome invisible,

Me arrastraste al mar ondoso,
A arrostrar las fieras lides
De los enconados vientos
Entre Escilas y Caribdis.

¿ Cómo escapar del naufragio